

APUNTES sobre CRISTO NUESTRA JUSTICIA-6

La humanidad de Cristo en símbolos

LB, 17/5/2020

EL MISTERIO DE LA ZARZA ARDIENTE

Éxodo 3:2: [a Moisés] se le apareció el Ángel de Jehová en una llama de fuego en medio de una zarza. Al fijarse, vio que **la zarza ardía** en fuego, **pero la zarza no se consumía**.



La zarza, ese humilde arbusto, es un material combustible. De forma natural resulta consumida por el fuego. No es extraña la reacción de Moisés, quien “se asombró de lo que veía” (**Hech 7:31**).

Aquel episodio de la zarza ardiente “no fue un sueño; no fue una visión; fue una realidad viviente ... Dios estaba **conversando con la humanidad**” (EGW, 1 CBA, 1113). Aquella realidad era al mismo tiempo el *símbolo* de algo que se cumpliría milenios más tarde:

“Este gran propósito había sido anunciado por medio de **figuras y símbolos**. La **zarza ardiente**, en la cual Cristo apareció a Moisés, revelaba a Dios... El Dios que es todo misericordia velaba su gloria en una figura muy humilde, a fin de que Moisés pudiese mirarla y sobrevivir ... **Así Cristo había de venir en ‘el cuerpo de la humillación nuestra’** (Fil 3:21), ‘hecho semejante a los hombres’... Su gloria estaba velada, su grandeza y majestad ocultas, a fin de que pudiese **acercarse** a los hombres entristecidos y tentados” (DNC, 225.5).

Heb 1:1-2: Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, **en estos últimos días nos ha hablado por el Hijo**.

El propio Dios (Hijo) iba a venir a habitar en un sustrato altamente combustible -el de nuestra humanidad caída-, para darnos la revelación última del *amor* divino, que comprende su *justicia* y su *misericordia*. Él mismo había de ser finalmente consumido en un sacrificio ardiente, y sólo en ese “**cuerpo de la humillación nuestra**” podía hacerlo; pero antes iba a hacer la demostración de vivir una vida sin pecado en la carne de nuestra

humillación. “Tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores” (Heb 7:26). No hay duda que ahí existe un gran misterio.

1 Tim 3:16: Indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne.

“**La encarnación de Cristo es el misterio de todos los misterios.** Cristo era uno con el Padre, y sin embargo estuvo dispuesto a descender de la exaltada posición de quien era igual a Dios. Para poder cumplir su plan de amor para la raza caída, él **se convirtió en hueso de nuestro hueso y carne de nuestra carne.** Habría sido una humillación casi infinita para el Hijo de Dios revestirse de la naturaleza humana aun cuando Adán poseía la inocencia del Edén. Pero Jesús aceptó la humanidad cuando la especie se hallaba debilitada por cuatro mil años de pecado. **Como cualquier hijo de Adán, aceptó los efectos de la gran ley de la herencia.** Y la historia de sus antepasados terrenales demuestra cuáles eran aquellos efectos. Mas él vino con una herencia tal para compartir nuestras penas y tentaciones, y darnos el ejemplo de una vida sin pecado” (DNC, 72).

“La doctrina de la encarnación de Cristo es un misterio: ‘**El misterio que había estado oculto desde los siglos y edades**’. Col 1:26” (EJ, 68).

“Que Cristo pudiera **ser tentado en todo como lo somos nosotros y sin embargo fuera sin pecado, es un misterio** que no ha sido explicado a los mortales. La encarnación de Cristo siempre ha sido un misterio, y siempre lo será” (EGW, 5 CBA, 1103).

No habría gran misterio en un Dios santo morando en carne santa. Lo prodigioso es que un Dios santo pudiese morar en carne caída, pecaminosa -como la nuestra- y seguir siendo santo. De eso era símbolo la zarza: del Hijo de Dios encarnado; de “lo santo que nacerá” (Lucas 1:35) “en semejanza de carne de pecado” (Rom 8:3).

Lo mismo que la zarza, nosotros somos también un material altamente combustible, y “nuestro Dios es fuego consumidor” (Heb 12:29). Está justificada la pregunta:

Isa 33:14: ¿Quién de nosotros morará con el fuego consumidor? ¿Quién de nosotros habitará con las llamas eternas?

Sabemos positivamente que los 144.000 van a morar con el fuego eterno (Apoc 15:2), pero pasaron *antes* la prueba del fuego en esta tierra.

Veamos otro aspecto de ese “misterio de piedad”:

Col 1:27: Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este **misterio entre los gentiles, que es Cristo en vosotros**, esperanza de gloria.

Cristo, Dios, quien es *fuego* consumidor, ha de morar en nosotros, que somos un material combustible. Eso va a permitir la resolución del conflicto de los siglos:

Apoc 10:7: En los días de la voz del séptimo ángel, cuando él comience a tocar la trompeta, **el misterio de Dios se consumará**, como él lo anunció a sus siervos los profetas.

Si el misterio es “**Cristo en vosotros**”, la consumación del misterio ha de ser *la plenitud de Cristo morando en nosotros* mediante su Espíritu Santo.

La primera fase del misterio de la piedad -la encarnación de Cristo- ya se consumó.

El pasaje de Apocalipsis incluye la segunda fase que es complementaria de la primera: el misterio de Cristo (Dios santo) morando *en nosotros*. Ese misterio se podrá consumir debido a que Dios -en Cristo- moró ya en nuestra naturaleza. Ambas facetas del misterio de la piedad están simbolizadas en la zarza ardiente que no se consumía.

Satanás intentó hacer pecar a Cristo con toda la virulencia y el catálogo completo de sus tentaciones. Su supervivencia dependía de su éxito en esa empresa. Tras ver que no lo había logrado, adoptó una nueva estrategia: convencer al mundo de que Cristo sólo había podido vencer al pecado por haber tomado una naturaleza humana “semejante” a la del hombre caído, parecida, pero *no igual*. El engaño se extendió rápidamente y ha llegado hasta nuestros días. Llamó a la puerta del adventismo cerca del año 1950, y hoy muchos lo defienden como si fuera verdad.

Pero al aceptar ese engaño queda sin respuesta una importante acusación de Satanás en el conflicto de los siglos:

“Satanás declaró que **para los hijos e hijas de Adán era imposible guardar la ley de Dios, y acusó así a Dios** de falta de sabiduría y amor. Si no podían guardar la ley, entonces había un defecto en el Dador de la ley. Los hombres que están bajo el control de Satanás repiten esas acusaciones contra Dios al aseverar que el hombre no puede guardar la ley de Dios” (ST, 16 enero 1896).

Si ante los ojos del mundo -y de una iglesia que sigue al mundo- Cristo no tomó una naturaleza como la de los hijos e hijas de Adán, es evidente que no pudo demostrar la falsedad de esa acusación satánica.

Ciertamente, la aparición de ese engaño no sorprendió a la Divinidad.

¿Cómo crees que la sabiduría del Cielo va a dar una respuesta contundente a esa acusación? -Mediante esa segunda faceta del misterio de la piedad a la que se refiere **Colosenses 1:27**: “Cristo en vosotros, la esperanza de gloria”.

Juan 17:23: Yo en ellos y tú en mí.

Ahí encontramos ambas facetas combinadas del misterio de piedad, que al consumarse logrará que “el mundo conozca” que la ley de amor de Dios triunfa, y que las acusaciones de Satanás son falsas.

Somos templo del Espíritu Santo; Cristo ha de morar por la fe en nuestros corazones. Pero Dios es fuego consumidor para el pecado. ¿Cómo es posible la consumación de ese misterio que es “Cristo en vosotros”?

Sólo hay una forma: ese fuego santo nos ha de purificar de todo pecado: no dándonos una *carne* santa, sino una *mente* santa; no purificándonos de nuestra *naturaleza* caída recibida al nacer (sería la herejía de la carne santa), sino purificándonos del pecado en nuestra vida, en nuestro *carácter*. Es así como se podrá reproducir en nosotros ese misterio encerrado en el nombre ‘Emanuel’, que significa “Dios con nosotros”.

De igual manera en que Jesús purificó en dos ocasiones el templo de Jerusalem: al inicio (**Juan 2:15**) y al final de su ministerio (**Mat 21:12**), va a purificar el templo de nuestra alma. Esa es precisamente la obra en la que está ahora empeñado en su oficio sumosacerdotal en el lugar santísimo del santuario celestial.

“Ante la zarza ardiente **se le ordenó a Moisés que se quitase las sandalias**, porque la tierra en que estaba era santa. Tampoco los sacerdotes debían entrar en el Santuario con el calzado puesto. Las partículas de polvo pegadas a él habrían profanado el santo lugar. Debían dejar los zapatos en el atrio antes de entrar en el Santuario, y también tenían que lavarse tanto las manos como los pies antes de servir en el tabernáculo o en el altar del holocausto. En esa forma se enseñaba constantemente que **los que quieran acercarse a la presencia de Dios deben apartarse de toda impureza**” (CES, 31.2).

“Cristo reside en el que lo acepta por la fe. Al creyente pueden sobrevenirle pruebas, sin embargo el Señor lo acompañará. La zarza ardiente **no fue consumida** por la presencia del Señor. Las llamas no destruyeron ni una fibra de sus hojas. **Lo mismo sucederá con el débil agente humano que pone su confianza en Jesús.** El horno de la tentación puede arder, la persecución y la prueba sobrevenir, pero **únicamente la escoria será consumida.** Semejante al oro, el proceso de la purificación le dará más brillo” (RP, 133.2).

Mal 3:2-3: ¿Quién podrá soportar el tiempo de su venida? o ¿quién podrá estar en pie cuando él se manifieste? Porque **él es como fuego purificador** y como jabón de lavadores. **Él se sentará para afinar y limpiar la plata: limpiará a los hijos de Leví, los afinará como a oro y como a plata,** y traerán a Jehová ofrenda en justicia.

Entonces, para gloria de Dios **“se consumará” (Apoc 10:7)** en nosotros el misterio de la zarza que ardía y no se consumía. Y eso incluirá a la tribu de Leví, lo que implica que se mantendrá la estructura eclesiástica que Dios ordenó para que su iglesia cumpla su misión:

Efe 3:10-11: Que la **multiforme sabiduría de Dios** sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales, conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús, nuestro Señor.

El conflicto de los siglos comenzó cuando el pecado irrumpió en una atmósfera perfecta de amor y pureza, es decir, en la mejor situación imaginable. Eso puso en duda el gobierno de Dios y su carácter de amor. El gran conflicto sólo tendrá una resolución adecuada y contundente cuando Dios pueda demostrar en esta tierra -en la que el gran rebelde vino a ser príncipe- que en la peor situación posible, en un mundo de pecado y en un pueblo que posee sin lugar a dudas naturaleza caída, y que previamente ha deshonrado a Dios mediante el pecado en sus vidas, triunfa el amor de Dios y resulta condenado el pecado en la carne (no el pecador). Esa es la demostración final de la **“multiforme sabiduría de Dios”**, del poder del amor de Dios manifestado por su iglesia ante el universo expectante. Es la demostración final de que incluso en esas circunstancias de degeneración producida por el pecado, triunfa el carácter de Dios mediante la fe de Jesús. Así lo expresa Ezequiel:

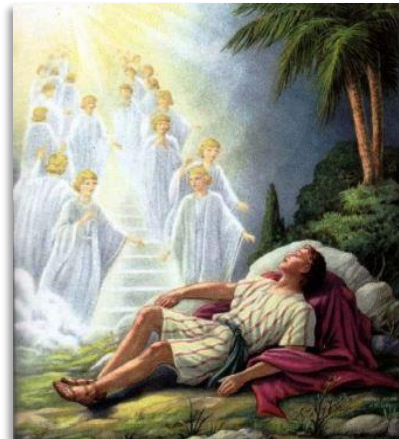
Eze 36:23 y 25-27: Santificaré mi gran nombre, profanado entre las naciones, el cual **profanasteis vosotros** en medio de ellas. Y **sabrán las naciones** que yo soy Jehová, dice Jehová, el Señor, **cuando sea santificado en vosotros delante de sus ojos** ... Esparciré sobre vosotros agua limpia y seréis purificados de todas vuestras impurezas, y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros. Quitaré de vosotros el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Pondré dentro de vosotros mi espíritu, y haré que andéis en mis estatutos y que guardéis mis preceptos y los pongáis por obra.

“Dios tendrá un pueblo sobre la tierra que **vindicará su honor al respetar todos sus mandamientos**; y sus mandamientos no son penosos, no son un yugo de servidumbre” (FO, 42).

LA ESCALERA DE JACOB

Gén 28:12: [Jacob] tuvo un sueño: vio una escalera que estaba apoyada en tierra, y su extremo tocaba en el cielo. Ángeles de Dios subían y descendían por ella.

Génesis 28:13 (siguiente versículo al citado en primer lugar) informa que “**Jehová estaba en lo alto**” de la escalera. **Juan 1:51** afirma que la escalera representaba al “**Hijo del hombre**”, quien une el Cielo con la tierra.



La escalera “**estaba apoyada en tierra**”, y “**su extremo tocaba en el cielo**”.

“Cristo es la escalera que Jacob vio, cuya base descansaba en la tierra y cuya cima llegaba a la puerta del cielo, hasta el mismo umbral de la gloria. **Si esa escalera no hubiese llegado a la tierra y le hubiese faltado un solo peldaño, habríamos estado perdidos.** Pero Cristo nos alcanza donde estamos. **Tomó nuestra naturaleza y venció**, a fin de que nosotros, tomando su naturaleza, pudiésemos vencer. Hecho ‘**en semejanza de carne de pecado**’ (Rom 8:3), vivió una vida sin pecado. Ahora, por su divinidad, echa mano del trono del cielo, mientras que por su humanidad llega hasta nosotros. Él nos invita a obtener por la fe en él la gloria del carácter de Dios. Por lo tanto, hemos de ser perfectos, como nuestro ‘Padre que está en los cielos es perfecto’” (DTG, 278.3).

“Al asumir la humanidad, el excelso Hijo de Dios se coloca más cerca del hombre al actuar como sustituto del pecador. Se identifica a sí mismo con los sufrimientos y aflicciones de los hombres. **Fue tentado en todos los puntos en que son tentados los hombres, para que pudiera saber cómo socorrer a los que fueran tentados.** Cristo venció en lugar del pecador. En la noche de su visión, **Jacob vio** la tierra unida con el cielo por una **escalera** que llegaba hasta el trono de Dios. Vio a los ángeles de Dios, ataviados con vestidos de brillo celestial, descendiendo del cielo y subiendo al cielo por esa brillante escalera...

Esta escalera representaba a Cristo, que había abierto la comunicación entre la tierra y el cielo. **En su humillación, Cristo descendió hasta la misma profundidad de la desdicha humana,** con simpatía y piedad por **el hombre caído, que fue representado ante Jacob con el extremo de la escalera que descansaba sobre la tierra,** mientras que su parte alta, que llegaba hasta el cielo, representa el poder divino de Cristo que se aferra del Infinito, y así comunica a la tierra con el cielo y al hombre finito con el Dios infinito. Mediante Cristo se abre la comunicación entre Dios y el hombre. Los ángeles pueden ir del cielo a la tierra con mensajes de amor para el hombre caído y para ministrar a los que serán herederos de salvación” (1 MS, 327-328).

“Él es la escalera que Jacob vio en su visión, cuya base reposaba en tierra y su extremo superior alcanzaba hasta el alto cielo ... El Dios del universo ha encomendado nuestros casos en el juicio a su Hijo, quien **está familiarizado con nuestras debilidades** y sabe que no somos más que polvo. **Ha tomado sobre sí nuestra naturaleza** y él mismo **ha sentido la fuerza de nuestras tentaciones**” (BEcho, 15 enero 1889).

“Cristo era la escalera que vio Jacob. Cristo es el vínculo que une la tierra con el Cielo y conecta al hombre finito con el Dios infinito. Esa escalera abarca desde la **degradación más baja de la tierra y la humanidad** hasta los altos cielos” (ST, 29 julio 1889).

“Jesús es la escalera que vio Jacob. La base de esa escalera descansa sobre la tierra **en la naturaleza humana de nuestro Señor,** y su extremo superior alcanza el trono de Dios en su divinidad” (ST, 11 diciembre 1893).

LA VID

Juan 15:5: Yo soy la vid, vosotros los pámpanos.

“Yo soy la Vid verdadera’, dijo. En vez de elegir la graciosa palmera, el sublime cedro o el fuerte roble, Jesús tomó la vid con sus zarcillos prensiles para representarse. La palmera, el cedro y el roble se sostienen solos. No necesitan apoyo. Pero **la vid se aferra al enrejado**, y así sube hacia el cielo. Así también **Cristo en su humanidad dependía del poder divino**. ‘No puedo yo de mí mismo hacer nada’ Juan 5:30, declaró” (DTG, 628).



LA SEPRIENTE DE BRONCE

Núm 21:8: Hazte una serpiente ardiente y ponla sobre una asta; cualquiera que sea mordido y la mire, vivirá.

¿Por qué una serpiente, que simboliza el pecado? Un cordero habría sido difícil de colocar allí, pero ¿por qué no una paloma, uno de los animales limpios que se solían ofrecer en sacrificio?

“El pueblo sabía muy bien que en sí misma **la serpiente** no tenía poder de ayudarle. **Era un símbolo de Cristo**. Así como la imagen de la serpiente destructora fue alzada para sanar al pueblo, **un Ser ‘en semejanza de carne de pecado’** (Rom 8:3) iba a ser el Redentor de la humanidad” (DTG, 146).

“Cristo colgando de la cruz era el evangelio” (EGW, 6 CBA, 1113).

Dios viniendo a este mundo, tomando sobre sí nuestra naturaleza humana pecaminosa, siendo hecho pecado por nosotros y pagando el salario de nuestro pecado (el equivalente la muerte eterna) en la cruz, era -es- el evangelio.



EL CASO DE JOB

Job no es propiamente un símbolo, pero podríamos considerarlo un pionero, por cuanto identificó y expresó la gran necesidad nuestra y de toda la raza humana, incluso del universo, que sólo Cristo puede colmar. Y eso aparece en uno de los primeros libros que se escribieron (junto a Génesis):



“Antes que cantaran los poetas más antiguos del mundo, el pastor de Madián [Moisés] registró las palabras que Dios dirigió a Job, palabras cuya majestad no igualan ni siquiera remotamente las producciones más sublimes del genio humano” (ED, 143).

Job no estaba sufriendo por su pecado, sino por ser “recto” ante los ojos de Dios. Aun sin comprender la causa de su aflicción, seguía confiando en Dios (Job 13:15). Se sabía necesitado de justificación, pero eso no le llevaba a justificarse a sí mismo:

Job 9:20-21: Si yo me justificare, me condenaría mi boca; si me dijere perfecto, esto me haría inicuo. Si fuese íntegro, no haría caso de mí mismo; despreciaría mi vida.

Aquel de quien Dios declaró que era “perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal” (Job 1:8), no se sentía ni se declaraba justo, sino necesitado de justificación. Sorprende esa sabiduría. Job no disponía de ninguna Escritura. ¡Sólo podía tratarse de sabiduría divina!

Pablo no descubrió algo nuevo al escribir: “Aunque de nada tengo mala conciencia, no por eso soy justificado; mas el que me juzga, el Señor es” (1 Cor 4:4; RV 1909).

En su argumentación con Dios, Job exclama: “¿Cómo se justificará el hombre con Dios?” (9:2). Continúa lamentándose porque Dios, que es eterno, no puede comprenderlo puesto que no es como él, “hombre nacido de mujer, corto de días, y hastiado de sinsabores” (Job 14:1).

Percibe a Dios como estando lejos, no cerca, a la mano: “¿Por qué escondes tu rostro, y me cuentas por tu enemigo?” (Job 13:24).

Job echa en falta un “árbitro” (mediador), ya que Dios “no es hombre como yo, para que yo le responda y vengamos juntamente a juicio. No hay entre nosotros **árbitro que ponga su mano sobre nosotros dos**” (Job 9:32-33).

Sigue preguntando a Dios: “¿Tienes tú acaso ojos de **carne**? ¿Ves tú como ve el hombre? ¿Son tus días como los días del hombre o tus años como los tiempos humanos?” (Job 10:4-5).

‘Emanuel’ es la respuesta a ese anhelo universal de Job: el primero en expresar su necesidad del “**Deseado de todas las gentes**”, Dios hecho carne (Ageo 2:7)

- Cristo es el “**Salvador que no está lejos, sino cerca, a la mano**” (3 MS, 205).
- Cristo fue “**hijo de mujer**” (Gál 4:4).
- Los años de Cristo en esta tierra fueron “**como los tiempos humanos**” de los menos afortunados: “**fue cortado de la tierra de los vivientes**” (Isa 53:8) en plena juventud.
- Ciertamente tuvo “**ojos de carne**” y tuvo que ver “**como ve el hombre**”.
- Cristo fue el “**árbitro**” que Job añoró, el “**mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre**” (1 Tim 2:5).
- Cristo fue “**hastiado de sinsabores**”, fue “**varón de dolores, experimentado en quebranto**” (Isa 53:2); un quebranto infinitamente mayor que el que llevó a Job a plantear aquellas cuestiones.

“Jesús estrecha a la especie con su brazo humano, al mismo tiempo que con su brazo divino se aferra del Infinito. Él es el vínculo que une a un Dios santo con la humanidad pecaminosa: Alguien que puede poner ‘**su mano sobre nosotros dos**’. Job 9:33” (MGD, 129).

Sólo el Verbo *hecho carne* colma el anhelo que Dios ha puesto en cada corazón, ese anhelo que tan bellamente expresó Job muy temprano en la historia de esta tierra, pero que sentirá toda alma sincera hasta el fin del tiempo mientras dure la paciencia divina. Y no lo sentirá en vano, pues Jesús es la luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo.

“**La humanidad del Hijo de Dios es todo para nosotros. Es la cadena áurea que une nuestra alma con Cristo, y mediante Cristo, con Dios. Esto ha de ser nuestro estudio.** Cristo fue un **verdadero hombre**. Dio prueba de su

humildad al convertirse en hombre. Sin embargo, era **Dios en la carne**. Cuando tratemos este tema, haríamos bien en prestar atención a las palabras pronunciadas por Cristo a Moisés en la zarza ardiente: “Quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es”. Éxodo 3:5. Debiéramos emprender este estudio con la humildad del que aprende con corazón contrito. Y **el estudio de la encarnación de Cristo es un campo fructífero que recompensará al escudriñador que cava profundamente en procura de la verdad oculta”** (1 MS, 286).

www.libros1888.com